

Entender hoy la Banca Ética

(Understanding Bank Ethics today)

Sasia Santos, Pedro M.

Proyecto Fiare. Santa María, 9. 48005 Bilbao
peru@fiare.org

BIBLID [0212-7016 (2008), 53: 2; 507-532]

La Banca Ética se presenta como una alternativa frente a la inestabilidad del sistema financiero actual. Desde la perspectiva de la última crisis financiera, se analiza su pertinencia y sus rasgos principales, basados en la reapropiación por parte de la ciudadanía del espacio público. El Proyecto Fiare, promovido desde el País Vasco constituye un ejemplo concreto de articulación de este modelo.

Palabras Clave: Banca Ética. Finanzas. Ciudadanía. Proyecto Fiare. Crisis económica. Movimientos sociales. Tercer sector.

Banka Etikoa alternatiba gisa agertzen da gaurko finantza sistemaren aldakortasunaren aurrean. Azken finantza krisia kontuan harturik, banka horren egokitasuna eta ezaugarri nagusiak aztertzen dira. Herritarrek espazio publikoaz birjabetzea da bereizgarri horien oinarria. Euskal Herritik bultzaturiko Fiare proiektua dugu eredu horren artikulazio adibide zehatza.

Giltza-Hitzak: Banka Etikoa. Finantzak. Hiritargoa. Fiare proiektua. Krisialdi ekonomikoa. Gizarte-mugimenduak. Hirugarren sektorea.

La Banque Éthique se présente comme une alternative face à l'instabilité du système financier actuel. Depuis la perspective de la dernière crise financière, on analyse son bien-fondé et ses principales caractéristiques, basées sur la réappropriation de la part de la citoyenneté de l'espace public. Le Projet Fiare, promu depuis le pays Basque constitue un exemple concret d'articulation de ce modèle.

Mots Clé : Banque Éthique. Finances. Citoyenneté. Projet Fiare. Crise économique. Mouvements sociaux. Troisième secteur.

Los tiempos de crisis son campo abonado para las revisiones, y la profundidad que se requiere de éstas es proporcional a la gravedad de aquellas. La última crisis financiera se ha convertido, al llegar a nuestros hogares y nuestras economías, en una crisis económica en toda su extensión, de cuya gravedad ya nadie duda. Es tal su alcance, que incluso se han escuchado voces que hablan de refundar el capitalismo, entendiendo que existen los elementos necesarios como para movernos a revisar, si no el sistema capitalista en su totalidad, sí al menos alguno de los pilares sobre los que asienta sus estructuras.

Sin embargo, el problema de las propuestas de revisión en la esfera económica es que, para que resulten consistentes, tienen que ser capaces no solo de ofrecer descripciones precisas del modelo al que se pretende llegar, sino también estrategias creíbles para el tránsito desde el sistema existente. Tienen que mostrar cómo se pueden ir articulando de forma coherente hasta convertirse en propuestas reales de transformación.

En este trabajo, se pretende responder a una creciente curiosidad por lo que puede aportar la Banca Ética en esa tarea. Curiosidad motivada, en buena medida, por el descrédito y la sospecha en los que la última crisis ha sumido a las entidades financieras. Se intentará hacer desde la convicción de que la articulación de alternativas creíbles pasa por ofrecer respuestas que muestren un camino de transformación que responda a ambas exigencias relativas al modelo y al proceso. Un camino que, por lo tanto, ofrezca una propuesta que, operando en nuestros mercados, sea capaz de ir proponiendo vías consistentes de revisión de los ejes fundamentales sobre los que hoy se desarrolla la intermediación financiera.

1. ¿TIEMPOS DE MILITANCIA?

A la hora de plantear procesos de transformación social, resulta imprescindible comenzar lanzando una mirada a los pilares sobre los que intentamos edificar la ciudadanía. Vivimos tiempos de pensamiento único, un periodo de la historia que, tras la caída de los regímenes de socialismo real, se ha llegado a caracterizar precisamente como aquel en el que la propia Historia ha llegado a su fin. Nuestras sociedades se han descrito pobladas de ciudadanos caídos, que viven, según la célebre caracterización de Pascal Bruckner¹ sometidos por la tentación de la inocencia, capaces tan sólo de gritar a los poderes públicos “dejadme en paz, ocupaos de mí”. En este sombrío contexto, se puede entender al menos como una operación de rescate de nuestra autonomía preguntarnos qué estamos llamados a construir en la esfera pública. A fin de cuentas, no lo olvidemos, la realización humana no es posible fuera del espacio común², lo cual subraya la importancia que tiene (y aquí, en este trabajo, reconocemos) a ese espacio público

1. BRUCKNER, P. (1996). *La tentación de la Inocencia*. Barcelona: Anagrama.

2. INNERARITY, D. (2006). *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa-Calpe, p. 25.

donde se articula aquello que nos es común a todos. En él se delibera y decide sobre aquellas cuestiones que son (o deben ser) de interés común, y se proponen modos de proceder concretos que tienen una incidencia real sobre la vida de todos los miembros de una sociedad. Son decisiones acerca de cómo vivir compartidamente cada uno de nosotros.

En nuestro país conocemos bien una de esas llamadas a participar en la esfera pública. No es otra que aquella que nos empuja a tomar posición y compromiso en el ámbito de la construcción política de la sociedad. Compromiso que se nos propone concretar en decisiones relativas al apoyo a uno u otro partido político, pero que alcanza ámbitos mucho más amplios como las opciones culturales, lingüísticas, educativas o deportivas.

No se pretende afrontar aquí la mayor o menor oportunidad, necesidad o urgencia de responder a estas constantes llamadas al compromiso y a la militancia activa en relación con la configuración política de nuestro país. Lo que se pretende, sin embargo, es subrayar que no es ese el único campo abierto a nuestra militancia, y que existe otro contexto que reclama de forma urgente nuestra atención. Que no se entienda la reflexión que aquí se ofrece como un juicio implícito respecto al valor de dichas llamadas, o como un posicionamiento más o menos subliminar en relación con la necesidad de responderlas. Ni siquiera se busca oponer o hacer competir esas llamadas a la militancia política con estas otras, ni analizar posibles compatibilidades o complementariedades. El ámbito de compromiso y militancia activa que se pretende mostrar y analizar sostiene su validez por sí mismo, sin necesidad de argumentarlo en diálogo con otros.

Ese otro frente abierto, desde el que se pretende desarrollar en esta páginas el análisis de la Banca Ética es, dicho en sentido muy amplio, el económico. Un frente que muestra como una de sus características más singulares que se nutre, de hecho, de la cotidiana militancia, muchas veces inconsciente, de todas y cada uno de las personas que poblamos el planeta. A diferencia de la esfera política, en la que los momentos en los que ejercemos la ciudadanía son la afiliación, la movilización y, en menor medida (y con todas las limitaciones que se le reconocen), el voto, en la esfera económica cada una de nuestras decisiones de consumo son un acto cotidiano de consecuencias públicas que no solo tienen una incidencia directa en nuestra vida real, sino que desborda aquello que incluso nos es posible imaginar.

Es importante resaltar, por su relevancia para el análisis posterior, que este es uno de los factores clave bajo los que entender la globalización. Actualmente, nuestras decisiones como consumidores se integran en una inmensa red. Son micro-causas que generan, sumadas sin nuestro consentimiento explícito para que así sea, efectos a escala macro de forma casi instantánea y en lugares que pueden estar muy alejados. Pueden acabar incluso, como se nos recuerda con frecuencia al hablar de la crisis ecológica, afectando a futuras generaciones y, en definitiva, a la estabilidad de todo el planeta. Efectos que, dicho sea de paso, no conocemos o, al menos, no nos asignamos de ninguna manera como responsabilidad nuestra. Así que,

lo queramos o no, somos militantes económicos, asumiendo compromisos (opciones de consumo) y construyendo la sociedad a través de ellos. Quizás en otros tiempos podíamos saber las consecuencias de consumir la leche de una determinada granja, comprar la ropa en una u otra tienda o depositar nuestro dinero en una pequeña entidad financiera local. Nada de eso es posible hoy, no al menos de forma sencilla.

El problema es, obviamente, que resulta sin duda excesivo hablar de “militancia” cuando nos referimos a nuestros comportamientos en la esfera económica. La mayor parte de las veces no se puede hablar de decisiones meditadas ni intencionales. Incluso tampoco se puede hablar de decisiones conscientes. Consumimos determinados productos y servicios sin saber, ni querer saber, nada de lo que ha ocurrido para que, a lo largo de toda la cadena de suministro, acabemos accediendo a ellos. La tremenda presión de la publicidad hace su trabajo, tocando los resortes más eficaces para movilizar nuestras decisiones: comodidad, facilidad, felicidad, reconocimiento social, juventud, salud... incluso la solidaridad se utiliza como reclamo. El resultado es fácil de prever: no sólo no somos conscientes de las consecuencias de nuestras decisiones, sino que no sentimos ninguna necesidad de serlo.

2. RESCATANDO NUESTRA RESPONSABILIDAD

Lo dicho hasta ahora no deja de resultar a la postre un intento de entreabrir una propuesta de reflexión que remite a nuestras conciencias individuales y a nuestro sentido de la responsabilidad. Esfuerzo que, dicho sea de paso, está seguramente condenado de antemano al fracaso si no se abren algunos ángulos que muestren otras dimensiones del problema, hasta este momento escasamente dibujado.

No es suficiente con reclamar la imperiosa necesidad de hacernos conscientes y asumir las consecuencias de nuestras opciones de consumo. No será éste, por tanto, el enfoque de estas páginas. Si algo ha evidenciado el sistema económico actual, con su complejo entramado institucional y su gran capacidad de persuadir mediante los medios de comunicación de masas, es que la apelación a nuestra autonomía perdida no es razón suficientemente sólida para desencadenar dinamismos de transformación. La responsabilidad individual se encuentra perfectamente diluida en la gran masa de ciudadanos-consumidores, y pretender rescatarla poniendo en evidencia sus devastadores efectos es un esfuerzo tan baldío como pretender que nos sintamos responsables personales de que haya alguna especie animal en peligro de extinción en algún lugar del planeta.

Es difícil buscar alternativas cuando no existe percepción de que algo va mal. Conectar hoy en día una decisión individual como comprar unas zapatillas deportivas o depositar el dinero en una entidad financiera con la explotación infantil o la producción de minas anti-persona es cualquier cosa menos evidente a primera vista. Las zapatillas nos evocarán salud, deporte

o belleza, y la entidad financiera solidez o rentabilidad, pero en ningún caso nos harán pensar en un taller de producción o en una persona mutilada por una mina.

Por lo tanto, es imprescindible transitar otros caminos si queremos aflorar los dinamismos necesarios para poder agregar ciudadanía responsable en torno a opciones de consumo que contribuyan a invertir esa vergonzosa tendencia del capitalismo a generar desigualdad y agotar los recursos del planeta. Otros caminos que muestren las consecuencias globales del sistema económico actual y nos hagan dudar de su sostenibilidad; que nos permitan detectar esas bombas de relojería ocultas que hoy, quizás, la última crisis financiera nos ayuda a entender un poco mejor. Pero, sobre todo, otros caminos que analicen las bases sobre las que articular alternativas que consigan dicha agregación y que, en último término, las hagan conocidas y elegibles. Ahí radica, como decíamos, la clave para poder rescatar nuestra ciudadanía caída. No solo poner en evidencia su condición, sino intentar mostrar que existen maneras diferentes de comportarse en la esfera económica.

Vamos a intentar dibujar esas alternativas a partir de aquí. Partiendo de las lecciones que nos ofrece la crisis financiera, ofreceremos una descripción de los pilares básicos sobre los que construir una alternativa de Banca Ética y las estrategias básicas para construirla. Finalmente, ofreceremos una breve descripción del Proyecto Fiare como una alternativa concreta surgida en el País Vasco hace más de cinco años y que ha ido articulándose a nivel estatal y europeo.

3. LECCIONES DE LA CRISIS FINANCIERA

Antes de entrar en el análisis de la última crisis, lo primero que merece la pena resaltar es que, como ha venido ocurriendo con las recientes guerras televisadas, es importante intentar distinguir lo que se nos cuenta de lo que de hecho ocurre. Es esta una tarea ciertamente compleja, especialmente al tener en cuenta el inmenso poder que atesoran las empresas de comunicación global. Cada vez es más difícil distinguir la realidad de los relatos que se hacen sobre ella. Existe incluso la duda sobre si no será el tratamiento informativo un mecanismo más para desencadenar determinados comportamientos entre los consumidores, como un resorte más de la necesaria modulación de los mercados que requiere el sistema económico actual.

Cautelas aparte, y por mucho que se intente enmarañar, lo que ha pasado en esta última crisis financiera es fácil de entender: presionados por la necesidad de seguir creciendo, los vendedores de hipotecas se adentraron hace ya tiempo en el terreno de los créditos hipotecarios de alto riesgo, ofrecidos a personas cuya fragilidad económica hacía que cualquier vaivén en forma de pérdida de empleo, gastos imprevistos, etc. les colocase en una posición de alta dificultad para devolver el préstamo en cuestión. Se

trataba de préstamos realizados con garantías insuficientemente cubiertas por el precio de la vivienda que se adquiría, en la esperanza de que la imparable subida de dicho precio cubriese holgadamente los posibles impagos. Esos paquetes de hipotecas se han ido vendiendo y revendiendo por las entidades financieras a lo largo de todo el mundo, ahora que la globalización económica hace que esas operaciones sean simples transacciones electrónicas a través de la red global de comunicaciones, y han supuesto ganancias millonarias para quienes vieron esta jugosa oportunidad de negocio. Pero el mercado de la vivienda se ha desinflado. Los precios han dejado de subir. Los clientes han dejado de pagar. Y los paquetes de hipotecas de alto riesgo –las famosas subprime– han resultado agujeros económicos inmensos.

Con lo dicho hasta aquí se puede entender por qué unos determinados productos financieros han perdido rentabilidad. Y se entiende también que esta vez, a aquellos que se animaron a asumir que merecía la pena arriesgar en un producto de alta rentabilidad y alto riesgo, la operación les ha salido mal y han perdido su inversión. Incluso se puede comprender que aquellos bancos que han realizado inversiones fuertes en estos productos, estén ahora en dificultades.

Lo que resulta más difícil de entender, y lo que sin embargo preocupa de forma generalizada, llenando portadas de periódicos, páginas de análisis y horas de tertulias, es la conexión entre este tipo de prácticas especulativas y cuestiones mucho más cercanas a todos nosotros y que hacen referencia no tanto al mercado de renta variable, cuanto a nuestra economía real: al índice de paro, a los niveles de consumo, al incremento de los precios o a cuestiones similares. Es precisamente esta traslación de la crisis la que se nos presentan como argumento de autoridad para mostrar como imprescindibles las multimillonarias intervenciones de los diferentes gobiernos, que emplean los impuestos de todos sus ciudadanos en intentar reflotar esos monstruos financieros (hoy con pies de barro) y los sectores productivos en crisis. Esto ya nos afecta a todos, se dice, y es el momento en el que se precisa que el Gobierno vele por nosotros.

Salta rápidamente a la vista que este tipo de medidas encierra, cuando menos, dos sospechas. Por un lado, parece evidente que no se contemplan con la misma vara de medir unas crisis y otras. Las medidas urgentemente aprobadas sugieren de forma demasiado evidente que se han puesto en juego criterios, intereses o influencias distintos en este caso que en otros muy conocidos y tristemente recurrentes, como las continuas demandas para inyectar fondos a la lucha contra el hambre en el mundo, o a la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Tras las exhibiciones multimillonarias de los Gobiernos en estos meses, parece que dinero sí que había, y llama poderosamente la atención la poca dificultad que ha habido en hacerlo aflorar. A la vista de lo ocurrido, quizás se le conceda hoy mayor valor a esa frase de Jean Ziegler, relator de la ONU para el derecho a la alimentación: “un niño que muere de hambre hoy muere asesinado, porque la humanidad tiene recursos para alimentar a todos”.

Se nos pide que aceptemos como bueno el argumento tan manido de que si no se frena esta crisis, las consecuencias llegarán a todos nosotros y, en consecuencia, todos, no solo quienes han especulado, lo pasaremos peor. Es este un tipo de argumento de carácter consecuencialista que hace fortuna siempre que se analizan medidas económicas a gran escala y que nos lleva a defender la moralidad de asumir ciertos “efectos colaterales dolorosos pero necesarios”. Cálculo que, dicho sea de paso, se podría haber aplicado con similar entusiasmo al previsible desarrollo del mercado subprime, cuya insostenibilidad, basada en el continuo crecimiento del mercado inmobiliario, hoy todo el mundo admite haber esperado. Esta es la primera gran sospecha.

La segunda hace referencia al destino concreto de todos esos fondos y la medida en que, efectivamente, van a dirigirse a paliar esa amenaza de crisis generalizada que nos afecta a todos. Se aspira incluso a que las administraciones aprovechen la ocasión para tomar posiciones de mayor control en algunas de las entidades en cuyo rescate han acudido. Aquí la sospecha se convierte en algo más, al depender dichas estrategias de una complejísima telaraña de organizaciones, leyes, reglamentos y decisiones individuales. Resulta chocante escuchar, no sólo en este caso, sino en muchos otros, como al final los organismos de control de la Administración acaban implorando a las entidades financieras que una determinada decisión de política económica (como una bajada de tipos de interés de los bancos centrales) se “traslade al mercado”. Es la sagrada libertad privada del sistema neoliberal que hace ya mucho ganó la batalla frente a la intervención estatal.

Sin embargo, y a pesar de estas sospechas, no es tanto en el momento de afrontar los efectos de la crisis, sino cuando llega la hora de intentar poner remedio a las causas que la han producido, cuando se empiezan a plantear las mayores dudas. Y donde empiezan a vislumbrarse lecciones que puedan servirnos para ese camino que queremos aquí recorrer, que no es otro que defender las propuestas de la Banca Ética como alternativas razonables a lo que está ocurriendo. La crisis comenzó cuando naufragaron los preciosos yates de quienes navegan en la esfera especulativa y es en esa dirección en la que se apunta con indisimulado entusiasmo. “Hay que perseguir a los avariciosos”, se dice, a esas personas que han querido lucrarse de forma desmedida y han acabado metiéndonos a todos en una crisis global. Tras algún que otro arrebato revolucionario anunciando la refundación del capitalismo, el resultado se concentra en aumentar las medidas de control para evitar desmanes de aquellos que no cumplen la ley. Se ha vuelto a ver la luz, y hemos vuelto a descubrir que la avaricia no sólo es un problema moral, sino también económico. Con esto queda resuelto el problema y a pasar página.

No es preciso jugar a adivinos y tratar de pronosticar lo que va a ocurrir. Vale con fijarse en lo que ya está ocurriendo. Lo que lleva ocurriendo desde que el capitalismo globalizado ha desarrollado todo su potencial. Las quiebras de grandes grupos transnacionales como Enron o Parmalat dieron lugar a sesudos análisis sobre lo que había fallado. Las conclusiones apuntaron

sobre todo en esa misma dirección de aumentar el control, y se elaboraron informes llenos de recomendaciones sobre el papel de los gobiernos, las instituciones de vigilancia, las empresas auditoras, los departamentos de control interno, etc. Control a diversos niveles. Hoy, frente a esta crisis, suena parecida música, acompañada de las imprescindibles notas a pié de página advirtiendo de los riesgos de que demasiado control ponga en entredicho los derechos a la libertad individual o la propiedad privada, pilares básicos por los que el neoliberalismo vela continuamente.

En resumidas cuentas, volvemos a ver cómo los análisis sobre los factores que han desencadenado una crisis semejante se mueven entre la inmoralidad individual de determinados sujetos avariciosos y el erróneo diseño o aplicación de los mecanismos de control necesarios. Nada de refundaciones, por tanto, ni de poner en cuestión los pilares básicos sobre los que se asienta el capitalismo globalizado. Un poco de moral individual y algún problema técnico. Esas son las lecciones de esta crisis.

Sin embargo, no son pocos quienes se alzan contra este análisis interesadamente parcial. Hay cada vez más voces que resaltan los diversos ángulos desde los cuales se puede establecer una sombría ecuación: cuanto más avanza el capitalismo globalizado a través de nuestra historia reciente, más degradadas están nuestras sociedades y, lo que para muchos es aún peor, las personas, incluso las del bando supuestamente beneficiado en el desigual reparto, son menos felices³. Merece la pena reflejar aquí, por su significativa anticipación de lo que iba a ocurrir, la airada reacción de Joaquín Estefanía ya en 2002, a raíz de los escándalos empresariales que culminaron en la quiebra de Enron:

Un fantasma recorre el mundo. El de la enfermedad moral del capitalismo, que arrasa su legitimidad. El sistema se halla afectado por una serie de escándalos, crisis recurrentes y financiarización que minan su presente y su futuro. El problema es tanto mayor por cuanto el capitalismo carece de alternativas. Muchas de las instituciones fundamentales para su funcionamiento no dan la talla. Una de las burbujas especulativas más importantes de la historia ha estallado y caído el telón sobre el suelo del escenario. Los ciudadanos han visto desnudas la codicia, la avaricia, la desigualdad, la exclusión, sin velos de ningún tipo. Las bolsas de valores, los mercados donde cada vez más ciudadanos depositaban sus ahorros, están deprimidos y llenos de tristeza. Millones de personas están perdiendo su dinero o sencillamente se han arruinado. Pero lo más dramático está por llegar: el momento en que el contagio se traslade de los pequeños accionistas a la solvencia de los bancos. Sólo entonces se encenderán las luces rojas y los Estados intervendrán, olvidándose de los principios de la economía de mercado.

...

Lo que estamos viviendo tiene más que ver con la destrucción creativa que Schumpeter describió proféticamente a principios de los años cuarenta que de la

3. A este respecto, resultan especialmente iluminadoras las aportaciones de Richard Sennet en su obra *La corrosión del carácter* (Barcelona: Anagrama, 2000).

versión ñoña e ingenua de Hayek y los neoliberales. En esta última, el empresario, bajo su responsabilidad, decide qué produce, qué servicios ofrece y cómo lo hace; en la actividad empresarial, es totalmente libre. El consumidor, por su parte, es libre de elegir, de acuerdo con su renta, entre los valores y servicios que le ofrece el empresario. Éste último trabaja en un contexto de libre competencia, inversiones y precios adecuados al beneficio esperado. El mercado proporciona al empresario información sobre la oferta y la demanda, y las coordina. Los productores, independientes entre sí, reciben indicadores de los consumidores acerca de los bienes que deben producir y a qué precios. Aspiran a vender bienes y prestar servicios de la mejor manera posible, vendiéndolos al precio más barato para atraer clientes. Es la "smithiana" mano invisible del mercado. El contenido del Estado es sólo garantizar al mercado la posibilidad de ejercer su función sin obstaculizar su trabajo y protegerlo de injerencias ajenas.

¡Y los pajaritos cantan y las nubes se levantan! Parece un cuento navideño o una película bienintencionada de Frank Capra. Sin monopolios, sin cárteles ni trusts, sin información privilegiada u oculta. Sin mentira. El escritor ruso Alexandr Zinoviev -doblemente disidente, de lo soviético y de lo posterior- dice que esta descripción angélica le recuerda un chiste soviético: la maestra de una guardería de Moscú cuenta a los niños lo maravillosa que es la sociedad soviética; un niño se echa a llorar y la maestra emocionada le pregunta por qué; el niño le contesta que, oyéndola, le han entrado muchas ganas de ir a la URSS...⁴.

4. LA NECESIDAD DE PLANTEAR ALTERNATIVAS EN EL ÁMBITO FINANCIERO

La Banca Ética participa de estos diagnósticos y plantea que es necesaria una revisión de los modos de operar en la esfera económica, y particularmente en el ámbito de la intermediación financiera, mucho más profunda que las limitadas correcciones internas y llamadas a la moralidad que estamos observando. Y lo hace consciente de que todos aquellos que enfatizan la necesidad de afrontar ese tipo de revisiones se enfrentan a un primer obstáculo aparentemente infranqueable. A pesar de las consistentes y creíbles críticas a las inercias actuales del capitalismo, no es menos cierto que este capitalismo globalizado, como gran sistema económico, carece de alternativas. Todavía frescos los fracasos de los sistemas económicos de los regímenes comunistas, intentar proponer alternativas que huelan a planificación estatal o pongan en cuestión el valor de la libertad individual o la propiedad privada parecen condenados de antemano a desencadenar airadas reacciones que nos recuerden los errores ya cometidos.

No es ese el camino que propone la Banca Ética. Sí lo es, en cambio, un camino que, centrándose en el ámbito concreto de la intermediación financiera, muestra que es posible (a la par que necesario y urgente) pensar en otro modelo de conectar el ahorro y el crédito y ponerlo al servicio de la economía real, cuya eficacia y sostenibilidad no descansa en la expectativa de

4. Joaquín Estefanía, "La enfermedad moral del capitalismo". *El País*, Tribuna de Oradores. Publicado el 22 de Julio de 2002.

que las personas no debemos ser avariciosas o en rígidos mecanismos de control externo. Un modelo en el que la entidad financiera se piensa, se construye y se sostiene sobre unos principios de funcionamiento radicalmente distintos pero que, a su vez, es perfectamente capaz de operar en nuestros mercados.

No especularemos excesivamente sobre el valor de este modelo como germen de revisión del sistema financiero. No son tiempos de especular. Si esperamos, sin embargo, que se pueda comprender el gran potencial de promover modelos de este tipo no sólo en el ámbito financiero, sino en muchas otras actividades propias de la esfera económica. Vayamos por partes.

5. BANCA ÉTICA: POR DÓNDE EMPEZAR

En momentos de crisis suele aumentar el interés por las alternativas. Es un impulso habitual, como habitual es su efímera condición. El interés suele desvanecerse cuando se remonta la crisis y volvemos a sentirnos cómodos en el sistema. Si unimos a ese interés algún otro factor como el reiterado uso del lenguaje de los valores en la publicidad, el resultado es que hay cada vez más gente que se pregunta qué es eso de la Banca Ética.

Las respuestas que se ofrecen a esta pregunta son muy variadas. Las más conocidas vinculan directamente a la Banca Ética con los microcréditos, tras el alto impacto institucional y mediático que produjo la concesión a Muhammad Yunus el Nobel de la Paz de 2006 por la creación del Grameen Bank. Otras exploran alguna definición, muy influida por las escuelas de Ética en los Negocios y Responsabilidad Social Corporativa, cuyo resultado suele ser un algún tipo de compromiso que muestre el equilibrio entre rentabilidad social y económica como el valor más específico de la Banca Ética.

Hay que decir que ninguna de estas aproximaciones es suficiente. Incluso, en algunos casos, se puede vislumbrar en los análisis un intento deliberado de restar potencia transformadora a las propuestas de la Banca Ética.

Las realidades de Banca Ética que existen a nivel mundial hoy en día muestran una gran riqueza de matices y alcance más allá de los “microcréditos” y, en cualquier caso, bastante alejadas de iniciativas empresariales filantrópicas. La mayor parte de ellas se articulan en torno a la Asociación Internacional de Inversores en la Economía Social (INAISE: www.inaise.org) y a la Federación Europea de Bancos Éticos y Alternativos (FEBEA: www.febea.org).

Uno de los aspectos claves de diferenciación radica en los ámbitos de especialización referentes a la actividad de crédito. Algunas entidades de Banca Ética se especializan en la intermediación financiera orientada al desarrollo del Sur; otras lo hacen preferentemente en el campo del medio

ambiente y la sostenibilidad; otras hacen especial hincapié en las realidades de exclusión en el Norte; otras en la cuestión del desarrollo comunitario o el acceso a la vivienda. El panorama es variado y rico. Y muestra, en cualquier caso, que es absolutamente razonable pensar en alternativas sostenibles y de gran valor transformador.

Junto a estas, conviven un gran número de iniciativas que se suelen considerar de "ahorro de proximidad". Estas experiencias se articulan en una escala mucho más local, y tratan de movilizar el ahorro hacia financiaciones de importes no muy elevados para el desarrollo de proyectos de su propio entorno, conectando de forma muy estrecha a ahorradores y solicitantes de financiación. Suelen ser iniciativas no sujetas a la supervisión de los bancos centrales, que apuesta por una actividad parabancaria de gran valor y que basan su legitimidad en el contacto directo con la realidades de injusticia y un alto compromiso militante.

Las iniciativas microfinancieras que, como apuntábamos anteriormente, han cobrado un gran auge tras la concesión a Yunus del premio Nobel de la Paz en 2006 por la creación del Grameen Bank, merecen un tratamiento específico. El gran valor de algunas de ellas es indudable, pero muchos intentos de traslación del modelo del Grameen Bank a otras realidades no ha dado los resultados esperados. El análisis del microcrédito es muy complejo y supera el alcance de estas páginas, aunque si deberemos decir que no son estrictamente proyectos bancarios, sino que combinan la intermediación financiera con la cobertura mediante fondos adicionales de los riesgos crediticios y de los costes de estructura necesarios, dado el carácter extremadamente frágil de los destinatarios y el elevado coste de una operativa basada en un elevado número de créditos de bajo importe.

No podemos terminar este breve recorrido por el panorama mundial de la Banca Ética sin aclarar que el análisis que venimos desarrollando se concentra en las propuestas de Banca Ética que se articulan en el Norte del mundo. Es esta la tarea a la que nos hemos enfrentado al desplegar los contenidos sobre la base de un sistema financiero en crisis que está precisamente en manos de organizaciones y personas de esas sociedades poderosas del Norte. Aun siendo bastante evidente, merece la pena recordarlo aquí porque esta autolimitación no debe conducirnos a pensar que no existen propuestas de Banca Ética en otros lugares del Sur empobrecido. Existen, y de un gran valor, pero su génesis, su desarrollo y las claves para su articulación están sujetos a un análisis con poderosos matices diferenciales que superan el alcance de este trabajo. Baste al menos con decir que, en coherencia con la orientación a la justicia que destaca como elemento esencial de la Banca Ética, la relación entre unas y otras propuestas (más en concreto el apoyo de la Banca Ética del Norte a las experiencias del Sur) es una consecuencia inmediata que no se puede ignorar a la hora de desplegar la actividad.

No basta en cualquier caso con subrayar la riqueza, la pluralidad y el distinto alcance de las iniciativas de Banca Ética que podemos encontrar en un

rápido paseo por el panorama internacional. Conviene, sobre todo, subrayar los rasgos que las engloban a todas ellas bajo una misma denominación. Si todas ellas son (o reclamar ser) iniciativas de Banca Ética es porque ofrecen de manera nada ambigua un planteamiento para el ámbito de la intermediación financiera claramente diferenciado del de las entidades financieras tradicionales. Veamos cuáles son esos rasgos que conforman el rostro de la Banca Ética.

6. UNA REITERADA EXIGENCIA: CONTROL SOCIAL DE LA ACTIVIDAD FINANCIERA

Describíamos anteriormente los factores más relevantes que han desencadenado esta crisis. La necesidad de crecer, de mostrar rendimientos económicos que generen confianza en los mercados, se traslada a las personas y los departamentos que asumen como objetivo fundamental, muy superior a cualquier otro, vender más y ganar más. Si es posible compatibilizar este objetivo con otros como el trato digno a los trabajadores, el respeto al medio ambiente o el control de los riesgos asumidos, genial. Si no, la inercia del sistema es clara: rentabilidad económica máxima.

Frente a esa inercia, que tan nefastas consecuencias ha tenido en ya demasiadas ocasiones, el control legislativo o la apelación a la buena voluntad de quienes toman las decisiones se ha mostrado absolutamente insuficiente. Es, por tanto, necesario, establecer un tipo distinto de relación entre las empresas (las entidades financieras en este caso) y el resto de la sociedad. Una relación que permita al menos a aquellos colectivos que están, o que pudieran estar, afectados por las actividades de la entidad conocer y decidir conscientemente qué tipo de relación quieren mantener con ella. Que les permitan pronunciar la frase que resume el poder que, como ciudadanos, podemos ejercer en la esfera económica: “no te compro”.

Ejercer un mayor control social sobre la actividad de las empresas y, muy especialmente, de los grandes grupos empresariales, es una de las demandas que se plantean con más reiteración desde muy diversos lugares. Está incluso en el fondo de las reflexiones sobre la Responsabilidad Social de la empresas, tan en boga últimamente. Sin embargo, ese control requiere de información, de canales estables de relación, de reconocimiento de la capacidad de interlocución de quienes tengan el derecho y el deber de implicarse en esa tarea. Cuenta con la dificultad de articular a la ciudadanía en esos procesos de control, dejando a la postre a las administraciones públicas ese papel y reduciendo el control social a control legal, de cuyas insuficiencias ya hemos hablado.

Frente a este modelo de funcionamiento, la Banca Ética plantea como condición básica el control social, no de los resultados económicos, sino de la forma en que éstos se obtienen. En consecuencia, se presenta en sociedad como una propuesta de intermediación financiera que aporta información detallada sobre todo el circuito del dinero, haciendo especial hincapié

en el destino de los fondos, tanto de las operaciones de crédito como de la gestión de la propia tesorería. Se asume, de esta forma, un compromiso con toda la sociedad (no solo con sus clientes o los organismos de vigilancia) por mostrar lo que está ocurriendo en todo el proceso de intermediación.

Pero la cuestión del control social no se para ahí, ni mucho menos. La retomaremos más adelante porque, en el ámbito de la Banca Ética, tiene un significado mucho más profundo que la mera rendición de cuentas a observadores externos o a clientes. Para la Banca Ética, el control no es una concesión, sino una necesidad. Reclama la implicación efectiva de quienes están legitimados para orientar a la entidad hacia el bien social y busca proactivamente la articulación de personas y organizaciones a las que se propone que asuman el compromiso de orientar su desarrollo en la dirección correcta.

Esto es importante recordarlo aquí, porque puede ocurrir que, para determinada entidad financiera, el sector social al que se dirige le exija comportamientos transparentes pero completamente inmorales. La transparencia es un medio, pero no un fin en sí misma. Es bien cierto que lo que se conoce habitualmente como “rendición de cuentas” (accountability) coloca a una organización económica en una posición respecto al resto de la sociedad que la mueve normalmente a tener comportamientos responsables, ante la posible reacción negativa de esos clientes o inversores tan bien informados. Pero se puede pensar, como decimos, en situaciones en las que sean precisamente los clientes, o los accionistas, o los directivos los que reclamen no tanto conocer lo que ocurre, sino orientar la actividad hacia operaciones que permitan mayores rentabilidades económicas, o mayores salarios, o mayores dividendos. Puede que quieran seguir conociendo qué pasa en el proceso, pero no vean ningún problema en que se invierta en paquetes de hipotecas subprime o en empresas armamentísticas o que se paguen sueldos multimillonarios a los directivos.

Para la Banca Ética, por tanto, el control social trae implícito un modelo concreto de estructuración del poder, la participación y la transparencia. Es sobre ese modelo sobre el que seguiremos profundizando posteriormente.

7. LA NEGACIÓN DE UNO DE LOS PILARES DEL CAPITALISMO: AUSENCIA DE ÁNIMO DE LUCRO

El control social es una primera condición para consolidar el vínculo que la Banca Ética establece con la sociedad. Establecido ese vínculo, el siguiente pilar sobre el que asienta la Banca Ética es la ausencia de ánimo de lucro. A diferencia de la transparencia, que se empieza incluso a asumir tímidamente por algunas entidades financieras y está cada vez más en los manuales de buen gobierno corporativo, la cuestión del lucro se dirige hacia uno de los pilares básicos no solo del sistema financiero, sino de todo el sistema económico capitalista. Por eso merece la pena prestarle especial atención para comprender el alcance de esta propuesta.

Se suelen vincular de forma confusa las cuestiones del lucro y la rentabilidad económica. Por eso, antes de entrar en la cuestión del lucro, merece la pena hacer un breve inciso sobre la cuestión de la rentabilidad económica. Cuando la Banca Ética habla de ausencia de ánimo de lucro, no está negando la necesidad de ser rentable. Eso sería, simplemente, absurdo. No está en discusión la necesidad de equilibrar ingresos y gastos, de obtener beneficios que permitan invertir, innovar, capitalizar, dotar reservas, etc. Lo que la Banca Ética pone en cuestión es la necesidad de maximizar la rentabilidad económica, la obligación de ser “el primero de la clase”.

No podemos olvidar que, en el sistema capitalista, los mercados se mueven por comparación. Lo importante no es mostrar un crecimiento determinado, sino mostrar el mayor crecimiento, o uno de los mayores. Esta “superrentabilidad” nos hace correr sin freno hacia adelante, sabiendo que los mercados exigen que sea elegido quien, en esa inmisericorde contienda, se muestra como el mejor.

Esta inercia macroeconómica se traslada, como decimos, a la competencia entre entidades en el mercado, pero también a la competencia interna entre plantas de producción, zonas geográficas, departamentos e incluso personas, y desencadena una dinámica que conduce a situaciones como las que han propiciado esta última crisis. Pensemos por un momento en muchas deslocalizaciones de plantas de producción que se han realizado sobre la base de expectativas de mayores ganancias en otros lugares y no de la insostenibilidad económica de la planta en cuestión.

Cuando la Banca Ética habla de ausencia de ánimo de lucro, lo que se plantea no es, como decíamos anteriormente, renunciar a obtener beneficios económicos. Ni siquiera se discute el derecho del accionista a obtener un justo dividendo. Lo que está en cuestión es que la búsqueda de la máxima rentabilidad sea el motor principal que gobierna la entidad. Sin embargo, no es suficiente con dejarlo planteado así. Esta declaración (equilibrar la rentabilidad económica y la rentabilidad social) está ya contemplada, de manera más o menos ambigua, en muchas empresas. Incluso está presente, como mostrábamos anteriormente, en algunas descripciones de la Banca Ética. Sin embargo, es preciso llegar más al fondo de la cuestión para evitar que se convierta en eso: en una simple declaración que se presenta como un deseo y se cumple más o menos en función de las circunstancias.

La ausencia de ánimo de lucro en la Banca Ética se vincula directamente, como en el caso del control social, con la estructura de poder y propiedad de la organización, y se entiende como la exigencia de que ninguna persona o grupo que participa en las tomas de decisiones se pueda beneficiar personalmente de los excedentes económicos que se pudieran generar en el proceso de intermediación financiera. Estamos por tanto hablando no sólo del reparto de los dividendos, sino de otras cuestiones como el destino de los excedentes, los salarios de los directivos, etc. Se plantea así una estrecha vinculación entre el planteamiento de los objetivos económicos de la entidad y su estructura de toma de decisiones. Este es un elemento clave

en la Banca Ética y obliga a reflexionar sobre cómo se construye una iniciativa de este tipo. Volveremos a esta cuestión más adelante.

Por lo dicho hasta ahora, vemos que al afrontar el sentido del lucro, se marca un criterio claro: ninguna persona u organización que se acerca a la Banca Ética, sea cliente, socio o trabajador viene movido por el interés por maximizar el rendimiento económico de su depósito o su inversión, o por expectativas de altos salarios. No quiere esto decir que no se retribuya el ahorro o la inversión, ni que no se paguen salarios dignos. Pero la maximización de estos parámetros no es lo que ofrece la Banca Ética. Una apuesta muy arriesgada en el parecer de muchos: si no existe esta motivación, será difícil atraer clientes, inversores e incluso trabajadores, sobre todo directivos.

Esa es, efectivamente, una apuesta de la Banca Ética que no se puede ocultar: el ejercicio responsable de ciudadanía a todos los niveles (como consumidor, como inversor, como trabajador...) es capaz de rescatar esa militancia económica cuya urgencia mostrábamos al comenzar. Al promover esta alternativa, se apuesta por la posibilidad de pensar en personas y organizaciones que respondan a esta propuesta y que no busquen en las relaciones con su banco el mejor rendimiento económico, sino que, por encima de todo persigan un rendimiento social ofrecido por una entidad en cuyo control (y desarrollo) pueden participar y que pone la intermediación al servicio de la justicia. Ya dijimos antes que íbamos a transitar el camino de las alternativas, no solo el del discurso o la concienciación, y la condición de alternativas de las propuestas de Banca Ética incluyen apuestas de este tipo.

Por si había pasado desapercibido, acabamos de deslizar de forma nada inocente un concepto de gran alcance. Hemos hablado hasta ahora de control social y de ausencia de ánimo de lucro. Dejábamos pendiente la cuestión de la estructura de poder y propiedad en la Banca Ética, anunciando una reflexión posterior sobre cómo construirla. Pero no habíamos dicho nada hasta ahora tan contundente como “poner la intermediación financiera al servicio de la justicia”. La frase requiere, sin duda, una explicación que recogemos a continuación en el tercer pilar sobre el que sustentar esta propuesta.

8. UNA CUESTIÓN DE FONDO: EL IMPACTO SOCIAL DE LA INTERMEDIACIÓN FINANCIERA

Nos hemos centrado hasta ahora en el valor de la Banca Ética como una alternativa que responda a nuestras necesidades de servicios financieros. Y nos hemos detenido en analizar lo que propone la Banca Ética a quienes quieren tomar otras decisiones respecto a qué hacer con su dinero. Estábamos, por tanto, focalizando el análisis en nuestra condición de ahorradores, ciudadanos de sociedades ricas del Norte que tienen la capacidad de dejar depositados excedentes económicos que no necesitarán durante un tiempo determinado. A ellos ofrece la Banca Ética transparencia, control social y la

garantía de que la rentabilidad económica no va a ser el motor que guíe sus decisiones. Pero no hemos entrado aún en la cuestión del crédito, de la parte de la intermediación financiera que supone poner esos excedentes a disposición de quien requiera de un dinero adelantado para desarrollar un proyecto, cubrir una necesidad, afrontar un gasto imprevisto, etc.

A la hora de plantear cómo se entiende la cuestión del crédito en la Banca Ética lo primero que hay que recordar es que las entidades financieras tienen un inmenso poder en sus manos para configurar nuestras sociedades. Es un poder que les viene de ese dinero depositado y que, en función de las decisiones que la entidad tome, puede hacer florecer comunidades, incluso naciones enteras o, por el contrario, arruinarlas. Puede favorecer el uso de unas determinadas fuentes de energía, promover ciertos procesos productivos, apoyar un tipo concreto de intercambios comerciales, etc. Cualquier actividad económica en la que podamos pensar no se puede hoy en día entender sin el apoyo de las entidades financieras. El impacto social de la intermediación es, por la tanto, altísimo y es precisamente al decidir a quién financiar y a quién no cuando se produce ese impacto.

La Banca Ética es perfectamente consciente de ese poder, y del requisito ético que exige y que no es otro sino el principio de responsabilidad. Qué hacer con el dinero depositado es un momento inevitablemente ético que exige tomas de decisiones. Y esas decisiones se toman (no solo en la Banca Ética, sino en cualquier entidad financiera) de acuerdo con unos valores. Si el criterio es, como hemos venido apuntando, la rentabilidad económica por encima de todo, esa mirada ética se extingue, y todo queda en manos del mercado y sus exigencias. Se financiará lo que, en cada momento, ofrezca una rentabilidad económica más alta, reduciendo la decisión a un cálculo numérico y de oportunidad exento de cualquier consideración ética. Solo queda esperar que no haya demasiados avariciosos y que los mecanismos de control funcionen.

Pero de esto ya hemos hablado. Siguiendo el desarrollo planteado, de cuya intencionalidad seguramente ahora tendrá el lector alguna pista más, veamos ahora qué propone la Banca Ética sabiendo que queda ya patente la necesaria liberación del yugo de la rentabilidad económica como una de las claves para poder afrontar las decisiones de financiación con una mirada ética libre de condicionantes. No olvidemos, en cualquier caso, que la ética exige mucho más que eso. No es suficiente con una aproximación negativa que descarte la rentabilidad económica como criterio único o predominante. Hemos llegado a un punto en el que es necesario desplegar hasta sus últimas consecuencias lo que supone analizar éticamente el proceso de intermediación financiera. El impacto social de las decisiones de financiación nos abre una puerta, pero no es la única.

Es bien sabido que existe en el terreno económico una tendencia nada inocente a vincular la ética con otras categorías morales como gratuidad, colaboración o solidaridad propias, se dice, de otros ámbitos de nuestra vida u otras esferas sociales. Ante eso, lo primero que hay que decir es que, si

bien es cierto que la tozuda ética lleva más de tres mil años resaltando las mismas cuestiones básicas, no es menos cierto que la mirada ética a la economía exige de una contextualización que la convierte en ética aplicada y que la enfoca a una tarea nada abstracta y eminentemente práctica. Solo así cabe entender el análisis ético de la intermediación financiera. Y ese análisis nos hace transitar por los caminos de la responsabilidad (camino que ya hemos recorrido en cierta medida) y, sobre todo, de la justicia. No es posible pensar en el análisis ético de la intermediación financiera si no posamos la mirada en las exigencias de la justicia o, dicho de una manera seguramente más fácil de entender, si no afrontamos directamente los retos que a la intermediación financiera le plantean las injusticias y desigualdades existentes en nuestras sociedades.

Este es un enfoque que lleva a la Banca Ética mucho más allá del alivio que supone no someterse al yugo de la rentabilidad. La ética llama a la responsabilidad, que en el caso de la intermediación financiera está vinculada al poder que otorgan los recursos que las personas ahorradoras han cedido en depósito. Y la responsabilidad en estos tiempos no puede entenderse sino como hacerse cargo de aquello que es injusto y está en nuestras manos cambiar. Ética, por tanto, encarnada en nuestros tiempos y aplicada a la intermediación financiera.

De esta forma, la Banca Ética restringe conscientemente su actividad de crédito, orientándola hacia la regeneración de nuestras sociedades injustas, poniéndola al servicio de la lucha contra las grandes desigualdades y los desequilibrios medioambientales. Sus ámbitos de financiación son, por tanto, aquellas actividades que supongan un impacto social positivo, un impacto que haga que mediante el crédito, nuestras sociedades sean más justas y más sostenibles.

Es importante resaltar que para la Banca Ética el fin social de la intermediación financiera es claramente regenerativo. No se trata tan solo de evitar que la actividad financiera dañe la economía real con sus prácticas especulativas o que se eviten ciertas actividades como el comercio de armas. Esta aproximación dio lugar a las primeras propuestas de Banca Ética pero hoy es completamente insuficiente. La Banca Ética asume que, en nuestras sociedades actuales, no se puede plantear un modelo alternativo de actividad económica que no tenga en cuenta a los más débiles. No es, por tanto, tan sólo una alternativa frente a la especulación. O, dicho más claramente, es una alternativa que afronta decididamente la urgencia de resolver esas situaciones de injusticia desde el comienzo mismo de la actividad. Por eso hablamos de actividad financiera al servicio de la justicia.

En este punto, es importante destacar que una propuesta de tal calado abre una serie de nuevos frentes que es necesario al menos plantear. Quizás el más importante tenga que ver con la legitimidad de una iniciativa de Banca Ética para designar y, consecuentemente, afrontar cuáles son esas exigencias de la justicia en nuestras sociedades o, más concretamente, cuáles son las prioridades y las estrategias adecuadas para luchar (por medio

de la actividad crediticia, en este caso) contra la injusticia, la exclusión, el deterioro medioambiental, etc. Esta cuestión nos sitúa directamente en el contexto de lo que desde hace ya tiempo se viene llamando la gobernanza de nuestras sociedades, un término que trata de dar respuesta a la creciente complejidad de éstas y la insuficiencia de mantener rígidas divisiones entre la esfera propia de los intercambios económicos, la del trabajo voluntario o solidario y la de las administraciones públicas. En nuestras sociedades actuales no es posible pensar en esa manera de entender el espacio social común, y se plantean nuevos modelos de construcción de territorios socialmente responsables. En esa construcción, es necesario preguntarse sobre las fuentes de la legitimidad de aquellas organizaciones llamadas a desarrollar esos procesos de gobernanza participativa, en los que ya no es posible pensar solo en las administraciones públicas, ni mucho menos admitir que ese poder pueda pasar cada vez de forma más evidente a las organizaciones mercantiles.

La Banca Ética, decimos, asume el compromiso de implicarse en esa articulación de la esfera pública como un aliado en la construcción de territorios más justos y sostenibles. Y lo asume reclamando su legitimidad, su capacidad y su motivación para hacerlo.

Dos son los argumentos que mejor avalan su legitimidad. El primero de ellos lo hemos venido subrayando con énfasis en los epígrafes anteriores. La Banca Ética se presenta en sociedad como una iniciativa que reconoce y reivindica la esfera económica (y las instituciones que operan en ella) como un espacio significativo que principalmente pertenece al orden de la ciudadanía. Esto, por de pronto, permite que sea reconocida como una institución que intenta asegurar un marco de actuación, de relaciones y de decisión basado en la justicia. Importan las decisiones que sean más justas, no las que obedezcan a los intereses particulares o demandas de los más poderosos. Importan aquellas relaciones basadas en la no-dominación. Aquellas estructuras y procesos que garanticen oportunidades para escapar de un poder injusto.

Es difícil entender nuestras sociedades sin la presencia del poder en ellas. El poder remite a nuestra capacidad para causar efectos que alteren el orden de la realidad, para dominar y trazar los fines que las personas perseguimos en la tarea de construcción de nuestras sociedades. Cuando esos fines están orientados a la satisfacción de intereses, es difícil garantizar la realización de la justicia o la defensa de los derechos de los demás (sobre todo de los más vulnerables, de los que menos poder y voz tienen). Por eso, la legitimidad de la Banca Ética reside en que ofrece una alternativa en el ámbito de la intermediación financiera para romper ese círculo de poder y dominación. Para escapar del yugo de los intereses particulares. Si algún interés concreto puede serle atribuido a la Banca Ética no es precisamente el de alcanzar cierto poder entre las entidades financieras tradicionales. Todo lo contrario, más bien. De haberlo, su interés consiste en todo caso en escapar de dicho poder. Su interés consiste en ofrecer una alternativa que se resista a dicho poder.

Se suele subrayar la candidez de los objetivos de la Banca Ética cuando afirma que no forma parte de éstos competir por conseguir una posición consolidada en el mercado. Conforta más pensar que esta estrategia que trata de escapar del poder es fruto de la ingenuidad. Reconocer que es un ejercicio de responsabilidad supone poner en evidencia los objetivos y los intereses de buena parte de las instituciones y agentes que operan en esa esfera económica.

La Banca Ética aspira a ser una iniciativa que ayude, junto con otras en el ámbito de la economía solidaria, a construir sociedades más justas. Esa aspiración la materializa con una propuesta de estructura y organización que trabaja día a día ofreciendo oportunidades reales para hacer frente a las injusticias. A día de hoy, pocas son las organizaciones de la esfera económica que nieguen la bondad del objetivo, pero pocas, ciertamente, pueden ofrecer evidencias de su aspiración a realizar la justicia. La Banca Ética sí. Lo hace constatando su ausencia real en nuestras sociedades y poniéndose al servicio de aquellas organizaciones sociales que tienen una percepción clara de las mismas y capacidad para remediarlas. A partir de la constatación de la injusticia real existente en nuestras sociedades, la Banca Ética se convierte en un instrumento que ofrece alternativas para proyectar medidas de transformación estructural.

El segundo de los argumentos que avalan la legitimidad de la pretensión de la Banca Ética tiene que ver con su capacidad de descentramiento y su carácter instrumental. La Banca Ética es una herramienta más de lucha contra la exclusión que se pone al servicio de aquellas organizaciones que sí tienen percepción y capacidad para identificar cuáles son los contextos de injusticia estructural que hay que atender. Estas organizaciones saben cuáles son los recursos que se necesitan y cómo deben gestionarse para hacer frente a la desigualdad; tienen un conocimiento efectivo de esos contextos y la posibilidad real de recibir y escuchar la voz de quienes son hoy las víctimas de esas injusticias. Son organizaciones que están cerca de las realidades de exclusión y por eso están capacitadas para responder y para identificar las situaciones de las que es preciso encargarse. La Banca Ética no puede desarrollarse al margen de este trabajo, sino que debe alinearse con él para responder desde todos los frentes que requiere (incluido el de la intermediación financiera) la lucha contra la injusticia.

9. MUCHO MÁS QUE ESTRATEGIA: CÓMO CONSTRUIR LA BANCA ÉTICA

Retomemos por fin una cuestión que habíamos dejado pendiente en el recorrido ofrecido hasta aquí. En ese itinerario, hemos remarcado al menos en dos ocasiones la importancia de la estructura sobre la que se construye y desarrolla un proyecto de Banca Ética. Lo decíamos al hablar del control social y lo volvíamos a repetir cuando analizábamos la cuestión del lucro. Hemos destacado asimismo que no es suficiente con dejar establecidos los elementos básicos relativos a lo que la Banca Ética hace y cómo lo hace, sino que es necesario también plantear quiénes deben participar necesaria-

mente en la construcción de un proyecto de este tipo y cuáles son las características básicas de ese modelo de construcción que, lo adelantamos ya, es marcadamente diferente a las estrategias de emprendimiento y crecimiento que impulsa el capitalismo globalizado.

Remitirse a la importancia esencial de la estructura de poder y propiedad en una organización no es nada nuevo. No es, por supuesto, específico de la Banca Ética, ni siquiera de las propuestas alternativas en la esfera económica. Es, en el fondo, la cuestión clave para analizar el modo de comportarse de toda organización. Para conocer los resortes que la van a impulsar y las motivaciones clave que habrá tras sus decisiones. Para entender o valorar cuáles son las fuentes de su capacidad y su motivación. Para poder prever cómo evolucionará en su crecimiento, siempre y cuando logre mantener esas estructuras fundamentales.

Por mucho que se intente apantallar en otras cuestiones, la estructura de poder y el mapa de propietarios de una organización económica son, en definitiva, las que marcan el devenir de dicha organización. Ni la declaración de Misión, ni los planes estratégicos, ni siquiera la forma jurídica concreta de la sociedad son cuestiones suficientes. El impulso fundacional dura un cierto tiempo, pero no eternamente. Las cuestiones clave son quiénes conforman la organización, quiénes toman las decisiones, por qué se han vinculado con ella, qué tipo de inversores atrae, que ofrece a sus clientes, como articula la participación. Este es un factor que, a pesar de su evidente influencia, se ha olvidado con frecuencia al analizar muchas experiencias empresariales (y algunas financieras muy notables, por cierto) que surgieron indiscutiblemente orientadas a un bien social y han abandonado ese camino al crecer y, sobre todo, al tener éxito económico. Afrontémoslas, por tanto, para nuestro modelo de Banca Ética y acabemos de perfilarlo.

Rescatemos para ello algunos de los pilares básicos sobre los que sustentábamos la propuesta. Decíamos, al hablar del ánimo de lucro, que la Banca Ética convoca a su proyecto a personas y organizaciones que no llegan movidas por el interés económico propio y ahí tenemos un primer rasgo del retrato-robot del socio. Apuntábamos también que la Banca Ética orientaba la actividad de crédito a aquellos proyectos que tratan de regenerar nuestras sociedades, y que, a la búsqueda de la legitimidad, se apoyaban en redes sociales que se desarrollan sobre esa misma mirada ética que pone el foco en las víctimas de la injusticia. Redes sociales descentradas, para las que la Banca Ética supone no solo una propuesta de proyecto al que vincularse, sino una oportunidad de reforzar ese universo de alternativas que tratan de transformar la sociedad.

La vinculación de la Banca Ética con esas redes sociales es, por tanto, mucho más que una opción estratégica para la creación y consolidación del proyecto. Es mucho más, incluso, que una consecuencia de ese necesario control social que resaltábamos anteriormente. La construcción de los proyectos de Banca Ética sobre la base de redes organizadas de entidades que persiguen la transformación social y que son capaces de vincular ciudadanía

en torno a ellas, es una consecuencia ineludible de los pilares sobre los que se pretende asentar esos proyectos.

Solo así se puede pensar en una intermediación financiera legitimada para orientarse a las exigencias de la justicia. Pero, siendo esto importante, no es la única razón que sustenta este modelo de construcción de los proyectos de Banca Ética. Junto a la legitimidad, es importante velar por la capacidad para responder a esas exigencias. Y la capacidad tiene que ver con el conocimiento efectivo de esas realidades de injusticia, con la posibilidad de tomar el pulso a nuestras sociedades desiguales y ser capaz de entender cómo se puede orientar la intermediación financiera para contribuir a superar esas desigualdades. No se puede, por tanto, pensar en un proyecto de Banca Ética desconectado de aquellas personas y organizaciones que atesoran este conocimiento. Es imprescindible establecer esa conexión de una forma densa, profunda, integrándolas en la propia construcción social del proyecto.

Hemos mostrado hasta aquí cómo el vínculo con otras redes sociales, la ausencia de ánimo de lucro y la orientación de la actividad a la lucha contra la injusticia son los pilares básicos sobre los que asentar un proyecto de Banca Ética. Esos son precisamente los ejes que han marcado el desarrollo de una iniciativa concreta de Banca Ética surgida en el País Vasco y que está hoy en plena fase de articulación a nivel estatal y europeo. Sujetas siempre estas alternativas a la sospecha sobre su viabilidad, puede ser un buen colofón a este trabajo poder delinear brevemente las características de este proyecto concreto que lleva desarrollándose y creciendo desde hace más de cinco años en colaboración con iniciativas similares de otros países europeos.

10. EL PROYECTO FIARE⁵

El proyecto Fiare es un proyecto de creación y consolidación de un sistema de Banca Ética de ámbito estatal que se constituya en alternativa elegible por la ciudadanía y actúe significativamente por la transformación de nuestras sociedades, alineándose con aquellas entidades que están trabajando, mediante la propuesta de alternativas en otras áreas de la economía, por la transformación de las estructuras generadoras de injusticia.

Fiare surge en Bilbao en el año 2003, promovido por una red de 52 organizaciones vascas que se juntan para constituir la Fundación Fiare como entidad tractora del Proyecto. La Fundación Fiare asume como tarea fundamental ir articulando una red de organizaciones no lucrativas de los sectores de la inserción social y laboral, la cooperación al desarrollo, el comercio justo, la agricultura ecológica y la promoción de ciudadanía responsable mediante la educación, la sensibilización y la investigación.

5. www.proyectofiare.com.

El Proyecto Fiare surge de una convicción y una intuición. La convicción, ya planteada a lo largo de todo este texto, de que son necesarias alternativas en la esfera económica que traten de superar los problemas estructurales del sistema económico neoliberal, específicamente su incapacidad por acabar con las desigualdades.

La intuición, que motivó la puesta en marcha del proyecto en 2003, de que el tejido asociativo y la conciencia ciudadana presentan hoy a nivel de todo el estado español los mimbres mínimos necesarios como para intentar consolidar una iniciativa de este tipo, como ya ha ocurrido en algunos otros lugares de Europa.

Por tanto, Fiare es, sobre todo, un movimiento de agregación social, construido por aquellas organizaciones comprometidas con la transformación social. Merece la pena resaltar aquí la acertada descripción que se hace del proyecto Fiare en un informe sobre la Banca Ética que publicó el diario El País⁶:



Oficina de Bilbao

6. *El País*, Suplemento Tierra, 20 de Octubre de 2007.

FIARE, de origen vasco, actúa como agente en España de la Banca Popolare Ética Italiana, un banco cooperativo que movilizó a múltiples sectores de la sociedad civil italiana, uniéndolos en un frente común para lograr una banca que respondiese al principio de aquellos que querían ver nacer una sociedad y una economía más justas: "Pon tu dinero donde están tus ideas"...

... la conversión de Fiare en una cooperativa financiera de ámbito nacional se está convirtiendo en una apasionante movilización de organizaciones y ciudadanos comprometidos con una economía más justa e inclusiva.

Para el Proyecto Fiare, esa movilización supone un esfuerzo de doble dirección. Por un lado, viene a añadir la intermediación financiera a ese universo de alternativas ya existentes (cooperación, economía solidaria, comercio justo, modelos empresariales alternativos, incidencia política, agricultura ecológica, turismo responsable, desarrollo del cooperativismo,...) y, por otro, se construye precisamente sobre esa base, siendo los movimientos y personas comprometidas en esos ámbitos los auténticos constructores y responsables del Proyecto Fiare.

En coherencia con todo lo dicho hasta ahora, Fiare se construye sobre los siguientes pilares:

10.1. El valor social del dinero: crédito al servicio de la justicia

La vocación de transformación social e inclusión mediante el crédito supone el primer valor sobre el que se asienta el proyecto Fiare. Siguiendo un criterio reparador de la desigualdad social y económica injusta, Fiare declara su compromiso por dirigir su actividad crediticia de forma prioritaria a aquellos colectivos que se encuentran en situación o riesgo de exclusión social. Sin entrar a valorar el resto de necesidades o proyectos que pueden ser apoyados mediante el crédito, Fiare sale a la búsqueda de estos colectivos y los sitúa en el mismo corazón de su proyecto financiero. De esta forma, la cooperación al desarrollo de los países empobrecidos del sur del mundo, la inserción social de colectivos en situación o riesgo de exclusión en nuestras sociedades del norte y los proyectos que promueven la sostenibilidad medioambiental constituyen los ámbitos prioritarios de financiación. Estos son los "clientes preferentes" del proyecto.

Conscientes de que el apoyo financiero es un elemento más en el compromiso de apoyo a las personas desfavorecidas y a las entidades que trabajan con y para ellas, la intervención financiera no puede realizarse al margen de otro tipo de intervenciones que estos colectivos preferentes necesitan. Las necesidades básicas de estos colectivos, claves en todo proceso de inserción social, precisan respuestas que no pueden ser reducidas únicamente a la mera aportación monetaria mediante el crédito. El apoyo financiero no puede desarrollarse al margen de otro tipo de intervenciones. Necesita de la cooperación y la capacidad asociativa de la sociedad civil. Esto nos lleva al segundo valor del proyecto Fiare.

10.2. Cooperación y compromiso cívico: la intermediación financiera desde las redes civiles

Ser conscientes del papel del dinero en nuestras sociedades y del compromiso por responder a las necesidades de los colectivos desfavorecidos conduce directamente a soportar un proyecto de este tipo precisamente en esas redes de intervención que ya vienen trabajando por la construcción de sociedades más justas. Conviene aclarar que esta opción no es estratégica, sino que se basa en la convicción de que la clave de un proyecto integral y significativo de transformación social requiere del apoyo financiero, no tanto para garantizar o aumentar el bienestar de los ciudadanos menos favorecidos sino, principalmente, para procurar que no existan pérdidas graves injustificadas, injustas e inmerecidas, de dicho bienestar que impidan el desarrollo de una vida de calidad mínima para esos ciudadanos. Para que así sea, ese apoyo financiero tiene que venir acompañado de respuestas a las necesidades de las personas en situación o riesgo de exclusión. Y esa respuesta hoy en día está, en buena medida, en manos de las redes civiles.

El Proyecto Fiare se sustenta y viene a reforzar ese tejido civil que algunos reconocen en sentido amplio como “Tercer Sector”, pero que, desde el tipo de implicación que Fiare propone, queda mejor caracterizado bajo el término “redes de capital social”, organizaciones de carácter no lucrativo que proyectan su actuación al exterior no solo con el objetivo de tratar superar las desigualdades que existen en nuestras sociedades injustas, sino, principalmente, con la vocación de transformar estas sociedades, de hacerlas más justas. Apoyado en estas redes de capital social, el Proyecto Fiare asume el reto de reforzarlas, añadiendo a sus ámbitos de relación e intercambio ya existentes, otros contenidos más propios de la esfera de lo económico, ámbito en el que busca hacer emerger aspectos éticos como la cooperación o la solidaridad. Se alinea así con los objetivos de otros movimientos de economía solidaria como el comercio justo, la cooperación al desarrollo del Sur o las empresas de inserción.

De forma muy especial, Fiare se siente parte del amplio movimiento de las redes de Economía Alternativa y Solidaria, formado por organizaciones comprometidas con la articulación de modos diferentes de realizar actividades económicas, guiadas por los principios de igualdad, empleo digno, respeto al medioambiente, cooperación, ausencia de ánimo de lucro y compromiso con el entorno.

10.3. Transparencia y participación: una llamada al ahorro responsable

El Proyecto Fiare pretende movilizar el ahorro responsable como condición imprescindible para la transformación social, recordando que la intermediación financiera exige no sólo unas determinadas preferencias o selecciones a la hora de prestar, sino también la participación activa de ahorradores conscientes y deseosos de que las cosas se hagan de otra manera. Se establece así un vínculo entre el dinero ahorrado y el prestado. Al

mirar al ahorro, Fiare no sólo descubre un “nicho de mercado” en el que vender los productos financieros, sino también un colectivo social que puede ser cómplice en el reto de transformar la sociedad.

Querer participar en un proyecto en construcción que sitúa a las personas desfavorecidas y a las entidades que trabajan en favor de ellas en el centro. Querer hacer las cosas de otro modo en el ámbito de la intermediación financiera. Ese es el estímulo que convoca a personas y redes sociales, y no la revalorización de sus depósitos o los dividendos que con sus participaciones accionariales o sociales puedan obtener. El beneficio económico de los titulares legales (socios o accionistas) no es la fuerza motriz del proyecto. No condiciona sus estrategias ni sus prioridades. Por eso, su carácter esencialmente no lucrativo es su cuarto valor.

10.4. Carácter no lucrativo: un crecimiento que mira al interés común

El Proyecto Fiare es esencialmente no lucrativo. Ni siquiera declara la rentabilidad económica como un objetivo. Su enfoque sobre la rentabilidad económica es distinto incluso al que habitualmente se recoge en muchas declaraciones de entidades financieras alternativas. Resulta obvio que es necesario un equilibrio entre ingresos y gastos, una gestión económica responsable, la inversión en modernización... Pero el beneficio económico (y mucho menos su maximización) no tiene la categoría ni la influencia de un objetivo estratégico.

En la base de este proyecto, el interés por obtener beneficios de los excedentes económicos no es la única ni la principal motivación de ninguno de sus partícipes (clientes, socios, proveedores, trabajadores, voluntarios,...). En todo caso, los beneficiarios serán los destinatarios de la actividad crediticia, en la medida en que ejercicios económicamente más favorables puedan permitir ofrecer productos de crédito más ventajosos para ellos. Su carácter esencialmente no lucrativo se refuerza con la importancia que adquiere en el proyecto Fiare la consideración, frente al interés mercantil, del valor social del dinero como eje central de transformación social.

10.5. Acción significativa: Buscar transformación a escala macro

Fiare busca consolidar una propuesta que pueda ser elegida por aquellos ciudadanos que opten por este modelo. Por eso se inserta en el sistema financiero y se somete a las leyes y mecanismos de vigilancia típicos de las entidades financieras. Fiare quiere ofrecer a cualquier ciudadano los productos de ahorro que habitualmente se demandan: cuentas corrientes, depósitos, tarjetas, etc.

Fiare pretende, por tanto, construirse sobre una base social (los auténticos “dueños” o “tractores”) que garantice que el proyecto es capaz de entender cuales son las demandas más urgentes que plantean las exigen-

cias de la justicia a nuestras sociedades actuales, y que se mantenga motivada para buscar respuestas desde los diversos frentes que esas situaciones de injusticia demandan. La intermediación financiera es uno de esos frentes y la forma de construir el proyecto es condición imprescindible para consolidar una alternativa que mantenga esa capacidad y motivación, especialmente cuando el proyecto vaya creciendo.

A finales de 2008, el proyecto Fiare lo constituyen más de 500 organizaciones de todo el estado, agrupadas en diversas redes territoriales. Ha venido realizando, desde Octubre de 2005, actividad financiera como agente de Banca Popolare Etica de Italia. A finales de 2008, Fiare ha recogido ahorro por encima de los 14 millones de euros, concediendo financiación a más de 50 proyectos, por un valor total superior a los 8 millones de euros.

Para el año 2010, Fiare se plantea la creación, con Banca Popolare Etica y la Asociación francesa La Nef, de una Cooperativa Europea de Banca Ética con una base social de más de 40.000 personas y organizaciones de esos tres países.

11. A MODO DE CONCLUSIÓN

Asumíamos al comienzo de este texto el compromiso de mostrar que es posible pensar en alternativas a la intermediación financiera. Y no solo pensar, sino pensarnos frente a ellas, dada su condición de realidades existentes, elegibles y que son capaces de ofrecer los servicios financieros básicos que las personas y organizaciones de nuestras sociedades del Norte necesitan.

Puede merecer la pena, antes de acabar, mostrar una parte de ese camino posible: si un proyecto de Banca Ética como Fiare consiguiese agregar en su entorno el uno por mil del dinero actualmente depositado en el estado español, estaríamos hablando de una entidad sólida, con al menos una oficina por autonomía, diez mil clientes, cuarenta mil socios, cien grupos de implantación territorial, cinco mil proyectos financiados... Muy poca cosa, efectivamente, en términos de la gran banca, pero ¿verdad qué sería ilusionante? En otros países ya se está recorriendo ese camino.

Quizás solo quede decir que, situada la lucha contra las injusticias y desigualdades en el mismo corazón de los proyectos de Banca Ética, la tarea se presenta como un frente abierto y en continua evolución, en el que la búsqueda de alternativas y, por qué no decirlo, la indignación por lo que está ocurriendo, nos mueve a rescatar esos dinamismos perdidos y a levantarnos como ciudadanos, mostrando que la Historia está muy lejos de acabar.